



#### Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Yannai Kadamani Fonrodona

#### Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural

Saia Vergara Jaime

#### Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa (e)

Fabián Sánchez Molina

#### Secretaría general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

#### Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones

Óscar Javier Cuenca Medina

#### Grupo MiCASA

Sergio Zapata León

María Lucía Ovalle Pérez

Dilian Astrid Quेरubín González

Simón Uprimny Añez

María José Castillo Ortega

Paola Caballero Daza

#### Gestión administrativa

Vannessa Holguín Mogollón

#### Asesoría legal

Yivy Katherine Gómez Pardo

#### Enmingadora

Estefanía García Pineda

#### Narración oral

Compañeras y compañeros de ASTRAZONAC

#### De los textos

Estefanía García Pineda

Santiago Rueda Fajardo

#### Talleristas

Estefanía García Pineda

Edinson Quiñones

#### Ilustradores

Macas Mateo

Miller Muñoz

Fabián Orozco

#### Transcripciones

Santiago Rueda Fajardo

#### Título de la publicación: Corinto

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN impreso: 978-958-753-737-6

ISBN digital: 978-958-753-738-3

Corinto es una cocreación territorial entre el colectivo Minga Prácticas De-coloniales y la Asociación de Trabajadores Zona de Reserva Campesina Corinto, Cauca, ASTRAZONAC.

● Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes  
Bogotá, D. C., Colombia  
Está prohibida la venta de esta obra.

Culturas



## Caminos integrales para la transformación

La búsqueda de alternativas legales para los cultivos de uso ilícito es una necesidad en un país cuyos suelos se ofrecen generosos y ricos para el crecimiento de plantas como la coca y la marihuana. Sin embargo, debido a factores como el desconocimiento, la falta de escuelas especializadas y de mercados alternativos, entre otros, esas opciones no son fáciles de encontrar. Es por eso que esta publicación quiere poner sobre la mesa una idea expresada por Santiago Rueda Fajardo al final de esta compilación:

“La fabricación de pulpa de papel y de papeles artesanales aplicados a diversas funcionalidades se ofrece como una oportunidad creativa, económicamente posible y ecológicamente sustentable para la comunidad del llamado «triángulo de oro» del norte del Cauca, donde cerca de cien mil habitantes están en búsqueda de un mejor futuro con la posible legalización del cannabis recreativo, esperando una mejor regulación que favorezca al campesinado para su cultivo legal y la aplicación de una (difícil) reforma agraria. Entre tanto, la posibilidad de aprovechar las fibras vegetales de la coca y de la marihuana —de esta última sabemos que solo el moño o la flor es utilizada con fines terapéuticos y recreativos, desaprovechándose la mayor parte de la planta— se presentan como opciones que pueden dar solución a algunos problemas de su vida cotidiana [...] Todo es posible mientras el espíritu de colaboración y generosidad continúen, mientras la curiosidad y la voluntad de conocimiento sigan vivas y presentes”.

Sirva este texto para recordar el compromiso con la solución al problema de las drogas ilícitas, planteado en el Punto 4 de los Acuerdos de Paz, y hablar de frente sobre la necesidad de reconocer de forma integral los distintos usos que los cultivos tienen en los territorios, para las comunidades, sus ecosistemas y sus formas autónomas de organización: una discusión que no puede esperar más.

Sello editorial MiCASA

## Mingas De-coloniales

Esta cocreación territorial la hemos gestado con el caminar en las montañas de Corinto desde el año 2016, cuando visitamos por primera vez el territorio de Corinto junto a mi compañero Edinson Quiñones y a diferentes personas que nos acompañaron en lo que fue el inicio de Minga Prácticas De-coloniales. Allí conocimos a seres humanos habitantes de este territorio que se metió muy adentro de nuestros corazones y afectos, y con quienes nos seguimos acompañando mutuamente porque se ha hecho una necesidad física y del alma reencontrarnos cada cierto tiempo para crear desde nuestras realidades, sentidos, dolores y alegrías.

La primera vez que me adentré en esas montañas desarrollábamos el 16 Salón Regional de Artistas Zona Pacífico, donde nos propusimos trabajar con procesos de paz; mi compañero había visitado previamente el museo de La Cristalina, un lugar que pensábamos que era un mito. Habíamos escuchado historias populares sobre este museo custodiado por una comunidad campesina y en el que se guardaban muchas piezas de cerámica y tallas en piedra realizadas por los ancestros de todos los que se identifican como campesinos y los que se identifican como indígenas en La Cristalina.

Era el año 2016 y estaba en furor la firma de los Acuerdos de Paz entre el gobierno del entonces presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo, FARC-EP, lo que nos permitió desarrollar encuentros culturales dentro del territorio. Teníamos sentimientos ambiguos, como mucha gente por esa época. Estaba la emoción y la esperanza de que los Acuerdos de Paz, especialmente el Punto 4, en cuya elaboración contribuyó gran parte de la comunidad campesina de Corinto, se cumplieran y con ello se abriera la posibilidad de una revolución agraria en la que el campesinado tuviera derecho a la tierra y la tierra el derecho a ser bien sembrada, a vivir dignamente, a tener un buen vivir o un “vivir sabroso”. Por otro lado, sentíamos el pesimismo que heredamos los descendientes de este proyecto de la modernidad colonial llamado

Colombia, que ha dejado bastantes heridas que se reflejan en las luchas raciales y territoriales que, hasta el día de hoy, se ven en el Norte del Cauca.

Me sorprendió ver, tanto en las montañas de Corinto como en otros lugares que visitamos en esa época en el departamento del Cauca, la conservación de lo no-humano. Ver las plantas de marihuana de día fue impresionante, pero fue más impresionante verlas de noche, cuando al caer las seis de la tarde se revelan las constelaciones en el cielo y también en la tierra. Uno queda como flotando en el universo ante esa presencia.

Para narrar lo que nos llevó a fabricar papel con hoja de marihuana y coca, tengo que contar que para nosotros el sueño es un mandato muy importante, pues los espíritus del territorio muestran el camino de lo que debe comenzar a gestarse. Tuve el sueño del papel y una publicación de Minga Prácticas De-coloniales aparecía en papel de coca y marihuana. Entonces, un día, después de hablar con mi compañero Edinson Quiñones en casa Eyder Calambás —compañero que también ha acompañado la Minga— escribimos el sueño. Entendimos que, aunque la coca es una planta sagrada y la marihuana una planta medicinal y no deberían ser utilizadas más que para fines espirituales y medicinales, el embate colonial que Occidente ha tenido en nuestra tierra ha desvirtuado sus usos tradicionales desviándolos hacia lo sintético o lo transgénico en función del capital y de las economías ilícitas, para la conveniencia de quienes viven y se lucran de la guerra contra las drogas.

Tiempo después vino a visitar nuestra residencia Sandra Díaz, compañera de universidad que me ayudó a desarrollar el primer taller de papel y la primera exposición con papel. Nos acompañó a Corinto y a Cali y estuvimos recorriendo algunos lugares del Cauca en su visita. Para ese trabajo también fue crucial la experiencia de Ana María Trujillo, otra compañera de la universidad que tiene un proyecto de vida que llama Perro de Agua Taller. Trujillo tiene gran experiencia fabricando papeles hechos a mano y por eso le consulté cuando me vi perdida en el camino. Mi semilla, Emiliano Çxayuy’çe, me acompañó desde el vientre y luego enchumbado a la espalda, su guardería y aprendizaje van haciendo los camineros en espiral junto a su madre por las montañas y por

las ciudades, por el mundo andino y por el mundo occidental, con todas las bondades y dificultades que esto implica. Mi padre, Roberto García, también ha sido una persona fundamental en este camino.

Esta publicación es una semilla de Sustitución de uso de cultivos a partir de la cocreación con papel hecho a mano de hoja de marihuana y coca, proyecto que se construyó como un plan de vida intercultural de cocreación territorial hacia una formación a formadores replicadores. Comenzó con la fabricación sustentable de papel hecho a mano, compuesto por papel reciclado y fibras de plantas de marihuana y coca, y se desarrolló como una alternativa posible dentro del proceso de sustitución de cultivos, mientras se esperaba el cumplimiento de los Acuerdos de Paz. Hoy todavía esperamos que se hagan realidad.

Desarrollamos talleres para que las comunidades, autónomamente, los repliquen. Por ejemplo, se creó un taller para la comunidad campesina de Corinto, diseñado para que ellos lo manejaran autónomamente; quedó un taller y laboratorio móvil con el que caminamos diversos territorios donde hemos enseñado este proceso, como la comunidad Nasa de Kite Kide, Popayork Residencias Artísticas, el programa Revitalización de la Madre Tierra de la Universidad Autónoma Indígena Intercultural, UAIIN, en Popayán, y la Universidad de Antioquia.

Posteriormente realizamos una instalación escultórica, pues la memoria del territorio fue tomando forma en diferentes objetos construidos con papel. Primero formamos una gran montaña de estructuras piramidales en papel de hoja de coca, cuyo referente principal es el grafismo ancestral de montaña que aparece en la escritura tejida del campesino nasa. Luego realizamos un lienzo de papel de hoja de coca que forma una estructura que asemeja una construcción en ladrillo, pensamiento de una compañera nasa de Caldono, firmante de paz. Por último, el papel fue elaborado a partir de fibras de marihuana tipo 4k47, plantas transgénicas dependientes de luz artificial que colonizaron el territorio de las plantas nativas de Corinto. Esta instalación estuvo acompañada de bombillos y del testimonio de una compañera perteneciente a la

comunidad campesina de Corinto, quien narra la historia de su familia y el territorio desde dos generaciones atrás, en la que aborda hechos históricos y familiares muy relevantes.

Esta publicación está compuesta por relatos de seres humanos pertenecientes a la comunidad campesina de Corinto, a quienes agradezco por todas las horas y tiempo compartido, por los sueños que se tejen y se caminan en minga. Ellos compartieron un relato sobre su vida, su memoria familiar, territorial e histórica. Nos hablan desde el territorio, desde la primera impronta del conflicto, con una fortaleza infinita en cuyos modos de lucha y resistencia se percibe el hecho de haber crecido en un lugar con tanta abundancia y, paradójicamente, con tanta escasez. Allí se esconden heridas coloniales que siguen latentes.

Santiago Rueda Fajardo, curador colombiano que durante años se ha interesado por indagar en la obra de creadores y hacedores que han trabajado con arte y drogas en Colombia y en América Latina, hace un recuento histórico de Corinto desde un imaginario social que comparten muchos colombianos que habitan ciudades principales, estableciendo una cronología del conflicto armado a partir de las noticias que comienzan a conformar la memoria histórica y que muchas veces se oficializan y son ajenas al territorio. Por último, nos habla de Nirma Zárate, antecesora de procesos de papel hecho a mano en Colombia y de las posibilidades que esta práctica puede generar en el futuro.

Finalizo apuntando que los Acuerdos no se han cumplido y los campesinos con los que trabajamos esperan ansiosos, pues quieren contar con proyectos productivos que ayuden a desarrollar el agro dentro de sus territorios.

Estefanía García Pineda  
Minga Prácticas De-coloniales







## Sebastián

Mi nombre es Sebastián, nací en la vereda López en Tacueyó, mi padre es de Herrera, Tolima, y mi madre de Salamina, Caldas. Los padres de ella fueron asesinados después del 9 de abril; la familia de mi padre tuvo que meterse en el monte e ingresar a los movimientos de resistencia campesina de las guerrillas liberales hasta la amnistía de Rojas Pinilla. Se conocieron en Cajamarca y se vinieron para Santo Domingo, Cauca, en 1968. Allí nacimos ocho hermanos. De Santo Domingo nos fuimos al páramo a fundar una finca, allí llegaron los primeros grupos de las FARC. Mi papá fue acusado de ser colaborador de la guerrilla, lo detuvieron en Santo Domingo y lo llevaron a Cali. Lo iban a condenar a varios años, estuvo detenido seis meses. Tuvo muchos problemas. Lo acusaron no solo de ser hermano de un comandante guerrillero, sino del secuestro de Harold Eder y tuvimos que irnos del páramo y establecernos en la vereda El Tierrero en Tacueyó. Allí conocí los primeros cultivos de marihuana y los primeros “sacatines” de bazuco.

Luego vinimos a Santander, donde terminé el bachillerato, y de ahí a El Salado. Mi hermano compró la finca y allí cultivé marihuana, cuando hubo la segunda bonanza de la marihuana, la del bombillo. Llegó Zeplin de comandante y comenzó a interesarse por todo. A mí me encantaba la gaaquería. Arando con un buey me había encontrado unas ollas. Él dijo: “¡Qué buenas las piezas! ¡Mi sueño siempre ha sido hacer un museo!”. Estuve en el Caquetá y ahí encontré unos tacos y monolitos de piedra. He admirado todo esto y quisiera construir un museo. Hicimos otras excavaciones y sacamos otras piezas.

Volví a Santo Domingo con el auge de la amapola y la sembramos. Uno echaba los cultivos de amapola y se iba para la rumba, se iba uno feliz, tenía plata y pagaban muy bien. Lo triste es el final de eso: adónde va a ir la droga y quién va a morir a causa de eso. Una familia se va a destruir por culpa de que uno cultive

algo dañino. Esa es la paradoja, uno estaba luchando por un futuro mejor, pero trabajando con algo que no era debido. Bajó el precio y volvimos nuevamente a sembrar marihuana. En el 2011 me fui al Putumayo. Cuando volví ya no quise sembrar marihuana, ya había muerto Zeplin y estaba todo muy apagado. El museo había sido saqueado, casi el 80 % de las piezas se habían perdido. Lo último que queda es lo que tratamos de salvar. Todavía uno encuentra muchas guacas saqueadas, incluso las más ricas.

Sembrar marihuana hoy es muy difícil: hay controles, solo tienen derecho a cultivar los antiguos, a la gente nueva le cuesta mucho que le den un permiso, tiene que pagar una multa y acomodarse a condiciones que se han impuesto. Además, el precio se cayó, ya no pasa de ochenta mil o noventa mil pesos la libra. Yo alcancé a vender a trescientos mil y cuatrocientos mil la libra.

Con las negociaciones con las FARC todo se descontrola. Los Acuerdos de Paz estuvieron bien, lo que pasa es que no se han cumplido, no se han aplicado. Con la sustitución de cultivos es muy poco lo que se ha avanzado y hay mucha frustración con esos acuerdos. Colombia tiene que tomar una posición a nivel mundial, tiene que desligarse de la hegemonía de Estados Unidos y del Fondo Monetario Internacional, y tiene que pegarse a los BRICS o a otro grupo distinto.

Si no hay reforma agraria en Colombia no hay futuro, si no quitamos esa clase fascista que nos ha gobernado no hay futuro. Si no hay campesinos, no hay comida, no hay vida. Aparte del museo y mis dos hijos, me interesa compartir con la gente que ha estado en la lucha, vale la pena y seguirá valiendo la pena. A Colombia hay que cambiarla, esa es la esperanza, la lucha social hay que continuarla, saber que uno estuvo ahí, que estuvo en el bando correcto.

\*\*\*



## Mariana

Nací en el municipio de Corinto, Cauca, en la vereda Los Andes. Viví allí con mis padres durante un año y de ahí me llevaron al Líbano, Tolima. Conocí a mi abuelo materno, pero no conocí a mi abuela materna. Me cuenta mi mamá que ella se había ido del lado de mi abuelo por su maltrato, abandonándolos muy pequeños. De la familia de mi papá no conocí ni a mi abuela ni a mi abuelo. Sé que ellos vivieron en una región que se llama San Pablo, en Nariño. Éramos siete hermanos, de los cuales quedamos seis. A mi hermano lo mataron aquí en el pueblo por problemas de trago. Recuerdo que a los cinco años llegamos a vivir a un ranchito en La Cristalina, que era una partecita de cartón y otra en platanilla. Mi papá cultivaba moras, quemaba carbón. Yo era la menor de todas, tenía como dos añitos o tres añitos cuando mi mamá se enfermó. Mi hermana era la que veía por nosotros. Mi hermana nunca me maltrató, gracias a Dios mi mamá volvió y se recuperó. Ya después de los cinco años me enseñaron a montar a caballo, nos enseñaron a ordeñar, empezaron con las primeras vaquitas y empezamos a estudiar. La marihuana la conocí ya a los siete años. Mi hermano era muy vago, aserraba madera. Era aserrador, pero vago. A escondidas de mi papá sembraba maticas y él me llevaba a mí y con una tijerita sacaba todos los moños. No dejaba ni una hojita en el suelo. Cuando podía la sacaba a asolear sin que la gente la viera. Una libra en ese tiempo valía doscientos mil pesos. Él se demoraba siglos en sacar una libra y, cuando lo hacía, con la plata se iba al pueblo y tomaba toda la semana.

Allá llegó un señor a trabajar. Sembraba hortalizas, zanahoria. También sembraba marihuana entre las matas de maíz, a escondidas porque llegaba el Ejército. ¡Yo recuerdo que en ese tiempo los helicópteros andaban bajitos y nosotros les teníamos pavor! Debajo de la cama íbamos a parar, nos habían acostumbrado a que eran peligrosos. En ese tiempo a mi papá se lo llevó el Ejército en un helicóptero, lo acusó de ser

colaborador de la guerrilla. Lo tuvieron de un día para otro, lo llevaron a la Tercera Brigada y luego lo devolvieron porque no le comprobaron nada, pero recuerdo que hablaban del secuestro de un señor Eder. Mi papá era muy revolucionario, participaba mucho en reuniones en el tiempo que acá había una organización que se llamaba la uno. Salía de noche de la casa y regresaba en la madrugada. Compraba *Voz proletaria* y, como él no sabía leer y yo ya había aprendido, me ponía a mí a que le leyera el periódico. Por eso yo me acuerdo de cosas. Recuerdo cuando derrocaron el gobierno de Anastasio Somoza en Nicaragua.

Pasaron muchas cosas y fuimos creciendo en medio del estudio y del trabajo. Como a los trece años conocí a la guerrilla del m-19. Yo me le volaba a mi mamá con mi hermano a verlos, a recibir entrenamiento. Con ellos aprendí a conocer el porqué de la lucha en Colombia. Ver a Pizarro herido llegar a firmar los Acuerdos de Paz en Corinto nos dio mucha fuerza, entendimos que teníamos razones para exigir nuestros derechos. En los combates del m-19 en Yarumales, cuando hicieron esas trincheras tan grandes, nos pedían a mi hermano y a mí que les lleváramos medicina para los heridos. Había escuchado de las FARC cuando ellos incursionan acá y se tomaron el pueblo de Corinto. Empezamos a ver guerrilla por todo lado y el Ejército a perseguirlos. Empezamos a ser arrinconados por el Gobierno y las fuerzas militares.

Cuando llegó José Fedor Rey, comandante del Comando Ricardo Franco, yo tenía unos quince años. Me dijo: “Yo a usted en algún momento me la voy a llevar”. Pero, por entonces, se llevó a dos trabajadores de la casa. Recuerdo que ellos, arriba en el filo, habían matado a dos muchachos y un comunero dijo que era por sapos. Pasados ocho días vinimos a conocer que en el otro filo habían matado a otros diez muchachos. Primero les quitaron la ropa, los pusieron en fila y los hicieron confesar: que eran del B-2, del F-2, pero uno sabía que no eran. Todo el mundo atemorizado. Rey empezó a irse por todo ese corredor hacia Tacueyó, se sabía lo que hacían. Y uno con el susto de que volviera...

Después surge la coca y la marihuana más fuerte y empiezan los cultivos en lotes grandes. Tenía unos dieciséis o diecisiete años y empezamos a conocer el tema. Ya venía gente de otro lado, empezaron a financiar

a las personas, les dieron remesas, herramientas, abono para que sembraran la marihuana. Empiezan a venir estos señores a recoger todo ese producido. Ellos mismos la prensaban y la llevaban, así se fue expandiendo. La gente comenzó a sembrar y a sembrar y a sembrar. Era un negocio mejor que cualquier otro. El de la coca era muy poquito, por ahí los palitos que tenían en las casas, debajo de los árboles.

La guerrilla apoya el ilícito y ahí uno viene a conocer que la marihuana se volvió parte de la economía de las personas. A medida que su economía iba avanzando nos iban diciendo que estaban para protegernos. Ahí hay un acogimiento total del campesinado con ellos. Los campesinos no eran intelectos, no eran estudiados. Pensaban que la mujer era solo para tener hijos y tuvieron que aprender que la mujer juega un papel importante donde sea. Ese conocimiento aquí no se tenía. Con los cultivos se empieza a vivir mejor, pero empieza a desgajarse la familia. La gente empieza a tomar trago.

A los dieciséis o diecisiete años me ennovié con un muchacho, me fui a vivir con él y tuve la primera hija. No duramos mucho. Me fui con él a Sevilla, Valle, luego viví en Armenia sola y volví acá. Con el transcurso del tiempo conocí al que es el papá de mis hijas. Me fui a vivir al Tolima, viví dos años allí y me vine con otra hija de allá. Cuando volví estaba la marihuana en el mejor momento, ya no eran solo los moños, se sacaba aceite, había más variedades.

Encontré unos señores que venían de Medellín y nos pusimos a trabajar con ellos. El papá de las muchachas también se vino y por allá arriba, donde mi papá y mi mamá, conocí la amapola y sembramos un tajo. Yo ya tenía tres hijos en ese entonces. Con lo de la amapola nos compramos esa finquita. Llegaba a la casa a tomar café un señor muy formal con gente que siempre estaba armada. Era don Zeplin, ahí lo vine a conocer. En una de esas visitas apareció el tema del movimiento bolivariano. Nos llamaron a unas charlas y talleres. Ahí empezamos con el tema ya de ser parte de la revolución. Don Zeplin se hizo muy a la vereda y nos dijo: “Ya es hora de que la gente despierte, ustedes lo que necesitan es una escuela. ¿Cómo

es eso que los niños van a pasar este río crecido?”. Se forma la junta acción comunal para hacer un trabajo más allá de lo revolucionario, un trabajo comunitario, y ahí se crea el Museo Comunitario de La Cristalina, en la misma casa donde él vivía. Fui presidenta del consejo y me tocó el tema de los paros. Tocaba meter mano dura, fue difícil para mí. En ese tiempo perdí un hijo de diez meses. Me enfoqué mucho en el liderazgo comunitario y el niño se me enfermó, tenía problema de síndrome de Down. Estuve tres meses con él en el hospital departamental y allí él fallece. El papá de las hijas quería obligarme a dejar el liderazgo. A mí me tocó sustentar a las hijas porque el papá de ellas no me colaboraba mucho, me maltrataba, era machista, así que decidí separarme de él. Me fui y sigo liderando programas que salían en la vereda.

En el año 97-98, sale una clase de marihuana que llaman hawaiana, que ya era otra variedad y la gente empieza a cultivarla. En el 2005-2006 empieza la tal *creepy*, que se cultiva bajo cubierto, bajo plástico con bombillo. Y si se vende la marihuana, la gente tiene platica. Con eso es que los muchachos han podido estudiar. Los niños acá conocen la marihuana, saben cómo sembrarla. Hubo un momento en el sembré dos mil matas, estoy hablando de más o menos hace veinticinco años, y la arroba de marihuana se vendía en cien mil pesos. Ahora el abono está muy caro y no es que la marihuana la paguen muy bien, una libra está valiendo entre cuarenta mil y setenta mil pesos, pero con la diferencia que uno no gastaba energía, era la que le decíamos la común, unos palos gruesísimos, tres matas eran carga para uno. Se cogía un tarro y cogía semilla y ahí sembraba. La semilla de la *creepy* es más cara. Como en el 2011 sembré unas cuatrocientas matas, les puse bombillo y me fue bien, pero molestaban tanto con el tema de la energía allá en la vereda que lo dejé. Y ahí llegó la hija que estuvo andando en la guerrilla. Llegó con marido y sembraron otro tajo arrendado. Ahí está el tema: plantado en la familia, en la tierra, en el territorio.

\*\*\*





## María

Mi Nombre es María. Nací en Corinto en 1965. Mi niñez fue algo bonito, desde los cinco añitos empecé a tener los conocimientos de vida para ayudarlo a mi mamá en los quehaceres de la casa del campo. Allí fue donde conocí la mata de coca. En ese tiempo había matas grandes. Mi mamá me llevaba a coger la hoja. La tostaba, porque los indígenas de Caloto y de Toribio se la encargaban ya tostada. Entonces ella la cogía, la tostaba y le entregaba el día domingo; yo me dedicaba a ayudarlo a recoger lo que había en la finca, ayudarlo a vender para traer la comidita, limón, naranja... todo lo que había en la finquita.

Cuando tenía ocho añitos nos tocó salir de la vereda porque mi papá fue amenazado por razones políticas. Era liberal y por eso le tocó salir, porque si no lo mataban. Nos fuimos para Toribio, luego volvimos acá al pueblo a trabajar donde un hacendado que tenía ganado y caña. De allí me sacaron a Cali, donde me crié, luego Puerto Tejada donde volví al hogar de mis padres, a los diecisiete años. Allí me casé y tuve mis cuatro hijos, trabajando en haciendas ganaderas, porque a mi esposo le ha gustado mucho la ganadería.

Nos fuimos luego por los lados de Santander y ya después volvimos a Restrepo. Pasamos al Darién, volvimos a Puerto Tejada, Corinto, y otra vez para el Valle. Una hija había conseguido un marido y tenía una tierra por los lados de Miranda. Nos dijo que si queríamos irnos para allá, que allá se daba de todo, que allá podíamos trabajar. Pero resulta que el único cultivo que había era amapola, allá fue donde la conocí y la trabajé un año.

Con la amapola primero hay que preparar el terreno: se limpia y luego se hacen surquitos y se siembra con la semillita que ella echa. Luego crece y da una pepa. Cuando está la pepa crecida se raya.

Son tres rayitas. Un día se le hacen tres rayitas, al otro día se le hacen otras tres, y así poco a poco se le va sacando toda la lechita. Ese es el proceso de la amapola. Se raya esa pepita, se saca la leche, la pepa se seca y ahí están las semillas, se sacan, se quita la mata y vuelve y se riega, como el cilantro, y ya empieza a prender como la lechuga.

La mancha, lo que se llama la mancha, se vendía a los compradores, algo común y corriente, como el que compra marihuana. Había tiempos que había buen precio, había tiempos que bajaba. Como todo. Esa es la economía de uno, no había nada más que hacer por allá, eso nos daba para el bocadito de comida, porque es muy frío allá arriba y de eso sobrevivíamos.

Al año volvimos aquí a Corinto a trabajar con la coca, a raspar en las fincas ajenas. Aprendí mucho y llegué a representar el tema cocalero en el Patía. Como en el 2017 empecé a saber de la marihuana, porque ni conocía la mata, y ya después empezó el proceso. La gente hacía galletas, pomadas, champú con la marihuana. Ese ha sido el tema en la asociación.

De la marihuana solo tengo unas maticas, yo hago una pomada y la consumo en té para mi organismo. Sube las defensas, da energía... el té de marihuana me aprovecha mucho.

\*\*\*



## La paísa

Vengo del municipio de Bugalagrande. Desde los trece años sufrimos la violencia de los grupos ilegales. Mi mamá se había ido a un culto, ella es muy creyente, y yo me había quedado en casa haciendo oficio cuando vi que la casa estaba llena de miembros de un grupo armado. Gracias a Dios llegó un vecino y me sacó, si no hubiera sido por él habrían abusado de mí. Eran cerca de noventa personas de esas. Abusaron de los animales, una mula que mi papá tenía y una yegüita, algo tenebroso, algo triste, y por más que uno pase momentos buenos y trate de olvidar, son historias que nunca salen del pensamiento. A esa edad mi mamá me sacó a Tuluá, donde quedé embarazada a los veinte años de mi primer hijo, hoy ya tiene diecisiete. No tenía experiencia, era una niña de la casa, una señorita en ese entonces, y me dejé enredar de un hombre. Tuve mi niño sola, lo crié yo sola con el apoyo de una tía que me dio la mano.

Cuando salí desplazada en el 2009 fue muy triste. Perdí a un tío que encontramos prácticamente destrozado: enterrado mitad afuera, mitad adentro. Lo torturaron. Tener que sacarlo y verlo sin ojos, porque los animales se los habían comido, eso nos marcó la vida y me duele recordar una historia tan triste, tan dolorosa. Más adelante conocí a un hombre que fue mi pareja durante ocho años. Él me trajo a Corinto, un lugar que no es como lo pintan. Llevo dieciséis años viviendo acá y voy a completar ya tres hijos en este territorio. A los veintidós años tuve el embarazo de mi segundo hijo, con una persona mayor que yo, que me llevaba quince o dieciséis años de ventaja. Fue algo maravilloso en ese entonces, pero de él también me divorcié. Era un tipo muy celoso, no me quería dejar salir, se volvió un tipo asfixiante. Por ese motivo tomé la decisión de separarme. Ahora soy madre soltera. Tiempo

después quedé embarazada de mi niña, que tiene un añito y ha sido la alegría de la casa. Vivo en el corregimiento La Cristalina, una comunidad muy unida, muy bonita. Si vamos a hacer una actividad todos salimos a trabajar, a compartir. A pesar de que fue una vereda atropellada por la naturaleza, por una avalancha trágica en la que ocho vecinos desaparecieron, hemos salido adelante.

Llevo ya ocho años de haber conocido la marihuana y, prácticamente, de ahí es de donde sostengo mi familia, de los cultivos ilícitos, pero también de los vecinos, que siembran comida. Ahora se dedican más a cultivar comida que cultivos ilícitos. Se han hecho reuniones, se ha sembrado plátano, yuca... Los cultivos ilícitos se han limitado de quinientas a mil quinientas maticas. En noviembre se tomó la decisión de sembrar menos plantas en Toribio, porque prácticamente los comerciantes se llevaban la mayor parte y los campesinos se quedaban sin nada. Tomaron la decisión también en aras de reducir el gasto de energía. A la marihuana le meten muchas parrillas para secar y eso jala demasiada energía, así como bombillería. Desde que se ha estado controlando la comunidad empezó a ver un mejoramiento. Eso se expandió a otras comunidades y corregimientos. Se controló también la contaminación del medio ambiente: antes las chamizas y el rípio de la marihuana se quemaban y eso afectaba a los niños. Tomamos decisiones sobre el manejo de basuras, había vecinos que salían a fumar y dejaban tirados los tarros de veneno, así que se les impusieron multas. Alguien que sembraba doce mil matas ahora solo puede sembrar mil quinientas en escalerita, quinientas esta semana y, al mes y medio o al mes, las otras quinientas. Al que sembraba más de mil quinientas matas y no cumplía esas leyes se le reducían cincuenta matas y, si no respetaba, se le mermaban otras cincuenta matas. Gracias a Dios la gente ha tomado conciencia, ahora siembran comida. El que siembra quinientas matas tiene que sembrar entre cincuenta y sesenta palos de yuca o maíz. Hay una organización, unos comités y el que se pone de grosero, el que no esté de acuerdo con la ley que nosotros tomamos, tiene que irse a hacer desorden a

otra parte. Eso ha servido porque se ha frenado el conflicto y se ha mejorado el precio. La mayoría de los que compraban era gente de afuera, nunca eran los campesinos de acá. Engañaban a la gente con cualquier cosa, una moto torcida, un televisor barato, y ellos haciendo allá las ganancias. Me parece bien la decisión que tomamos la mayoría de las comunidades respecto a los cultivos ilícitos, nuestros hijos van a ver un ambiente diferente, van a ver la vida de otra manera. El gobierno nunca ha cumplido, nos ha dejado solos y por eso tenemos que estar pendientes de la niñez, que se forme bien, que les quede un buen recuerdo y que sigan luchando. Que no dejen perder todo lo que nuestros abuelos, nuestros ancianos nos han enseñado y lleven todo esto en mente.

\*\*\*





## Juanita

Mi nombre es Juanita, nací el 15 de mayo de 1975 en una vereda llamada La Cominera, soy campesina de tercera generación, es decir, desde que tenemos memoria. Mi bisabuelo José María tenía grandes extensiones de tierra que le dieron porque fue soldado de Bolívar. Era cacique y lo que decía era ley. Fue muy próspero, tuvo dos hijas y dos hijos que quedaron huérfanos a temprana edad. Sufrieron muchos abusos. Mi abuela falleció y mi abuelo se dedicó a tomar. Entonces ya no era guarapo sino aguardiente de caña. A los dos mayores les consiguieron la pareja, porque en ese tiempo uno no podía decidir. Las familias eran las que cuadraban la boda, no había esa química, como hoy decimos. A mi papá nunca le compraron ropa, la hacían ellos mismos. Usaba una especie de ruana que se amarraba con un chumbe y así se vistió hasta que tenía quince años.

Entonces llegó gente de otras partes y mi papá comenzó a trabajar en una finca con esa gente. Ya no quería vestirse así, compró pantalón y camisa. En el pueblo compró también una peineta roja y un día, en el trabajo, cuando se estaba peinando, la gente con la que trabajaba le dijo que lo iban a matar. El dueño de casa salió y dijo que no fueron a matar al muchacho, que no era del Partido Liberal y que no sabía nada de eso. Lo acompañó a la salida de la casa y le dijo que se fuera, que él también era liberal, pero no como esa gente, que mejor se fuera porque esos eran pájaros y lo podían matar. Fue donde un hermano y el hermano le dijo que mejor se fuera, porque si sabían que era su hermano, también lo mataban y él ya tenía esposa e hijos. Una noche en su finca vio que llegaban unos enrruanados y él salió inmediatamente. Se quedaron con un pedazo de su camisa en las manos, él corrió y se metió en una

guadua. Escuchaba que decían: “Por aquí debes estar, te vamos a encontrar y te vamos a matar”. Se fue y no volvió más. Un amigo le dijo: “Sí, te están persiguiendo, por aquí hay una gente que está conformando un grupo de pájaros para combatir la chusma”, y se unió a ese grupo para defender la vida. Allí aprendió a usar el machete, la escopeta de fisto y la carabina. Cuando las cosas se fueron tranquilizando, mi padre volvió donde mi tío a preguntar por su tierra y mi tío le dijo que había vendido al precio que le habían obligado. Lo único que pudo darle fue una yegua. Así, sin tierra, con una yegua, tuvo que comenzar de nuevo. Conoció a mi madre, que ya tenía dos hijos, se juntaron, trabajaron en fincas, en La Cominera nacimos mis hermanos y yo, que fui la última. Mi padre quería irse al Putumayo porque había baldíos, había tierras, y vendieron todo lo que tenían y, cuando estaba todo listo para irse, mi madre falleció. Yo tenía cinco años. Mi hermana se hizo cargo de nosotros porque mi padre se dedicó a beber. Mis hermanos mayores se habían ido al Putumayo y mi hermana, que tenía quince años, ya tenía marido.

Como huérfanos tuvimos abusos físicos y psicológicos. Estudié hasta cuarto de primaria, mi papá en su ignorancia, que hoy entiendo mejor, decía que las mujeres eran solo para tener hijos. Mi padre sembraba café y llegó una enfermedad que se llama la roya, el café decayó y luego llegó la broca y lo terminó de acabar. Le dijeron que sembrara coca, que tenía buen precio. Mi padre tenía memoria de la coca, porque mi bisabuelo y mi abuelo la mascaban. Les daba fuerza de ánimo y los mantenía despiertos para trabajar, no era para otras cosas. Le dijeron que sembrara, que se estaba dando buena renta y comenzó. Cuando tenía doce años recuerdo que vendió la primera arroba de coca a cinco mil pesos. Él decía que le parecía bueno porque no había otra forma en un municipio tan empobrecido, aunque él sembraba cacao, yuca, lo que fuera en su finquita tradicional, donde crecimos. Una vez nos llevaron a desmenuzar unos bloques verdes y yo le pregunté a mi padre qué era eso, me dijo que no preguntara, que con eso era que se compraba la carne, y me quedé con la curiosidad hasta

que pasaron los años y fuimos a visitar a una prima en El Pedregal y, al ver los mismos moños de esa mata, le pregunté qué era, aunque antes mi padre me dijo que no preguntara. Ella me dijo que con eso uno veía cosas, ella tenía diecisiete años y yo catorce. Me dijo que fumáramos y fumamos y fue la primera y única vez que probé marihuana. No me gustó, eso no era para mí.

A los dieciséis años me vine para donde un tío, donde trabajé. Entonces ya sola veía por mí. Allí no faltaba qué comer. Tuve mi primera hija, no quería que ella viviera lo que yo viví y me dediqué a trabajar, a cultivar coca y marihuana, porque yo quería que ella estudiara, porque yo no pensaba igual que mi padre, porque la mujer ha sido muy atropellada, porque este no ha sido un pueblo muy educado. Quería que ella fuera mejor que yo. Un amigo de mi papá, que era guerrillero, me vio allí y me dijo: “¿Por qué no va a visitar a su papá?”. Yo: “Porque estoy trabajando”. Él me decía: “¿Por qué no estudia? Usted está joven, usted tiene muchas capacidades”. Pero yo creía que ya me había pasado la etapa, quería trabajar para que mis hijos estudiaran, pensaba que las mujeres estábamos para grandes cosas. Él me decía que como mujeres debíamos liderar, superar el machismo, que éramos quienes podíamos cambiar las cosas. Organizamos la junta comunal y, aunque tuvimos muchas diferencias con los indígenas porque decían que los campesinos éramos malos, logramos superar las diferencias y las mujeres empezamos a liderar. El amigo de mi papá decía que había unas piezas de cerámica de una cultura que nunca ha muerto, que nosotros dejamos morir pero que seguían vivas, y que las recogiéramos e hiciéramos un museo para que el niño que no tiene los recursos de ir a los grandes museos, a las grandes ciudades, pueda ver su historia, su entorno. Cogimos esa idea y la materializamos. Entre todos nos dedicamos a trabajar en comunidad e hicimos el museo La Cristalina, un museo campesino.

Con el tiempo tuve cuatro hijos y a todos los he sacado adelante. Cuando llegó la propuesta de paz preguntamos por los subsidios, porque lo que el campesino produce es comida, no coca ni

marihuana. El campesino nunca ha querido hacerle daño a nadie. La mata es buena, es medicinal, tiene la capacidad de producir muchas cosas, se sacan telas, sirve para infecciones, dolores y, como lo que estamos sacando, papel. Colocamos nuestra propuesta de sustitución, pero nunca estuvo bien vista porque nuestro alcalde no tuvo visión campesina, porque lo que planteamos es el cambio de cultivo, no el cambio de uso; pero los gobernantes ven el signo de dinero y hablan de cambio de uso, pasarla a medicinal, dar licencias. Aquí hay un sector que estuvo muy animado en que les llegue la licencia, aunque todavía no han podido sacarla. A la asociación de acá no se la han dado, mientras a las multinacionales en otras partes sí. La gente siembra marihuana, no porque le gusta sino porque no tiene otro medio para sustentarse, mientras que la coca y la marihuana siempre tienen buen precio.

Mi vida siguió, he criado a mis hijos, me he enfermado y me he recuperado. En 2011 estuve a punto de morirme, creí que iba a morir y dejar a mi hija huérfana a la misma edad que lo quedé yo, a los cinco años. Estuve en trance y tuve una visión. Le pedí a Dios que no me dejara morir. Había sido una mujer sana, había sido una mujer que había liderado a muchas campesinas. En la visión vi a un pastor que conocía y cuando volví a verlo se lo conté. Me había sanado. Me decía que el campesino tenía la gracia de Dios. Vi que los campesinos, a pesar de que nos han desconocido, somos especiales. Tenemos una promesa muy grande, podemos transmitir una cultura de generación en generación. Me decía un amigo que éramos hijos del dios viviente. Yo preguntaba: “¿Cuál dios viviente?”. Me dijo: “Nosotros los campesinos no tenemos la voluntad del hombre, tenemos la voluntad de Dios, por eso hemos trascendido una cultura”. Hemos sido felices a pesar de la amargura que hemos vivido y, al recordarla, uno se lastima, pero tenemos un Dios todopoderoso que nos da vida.

\*\*\*



## Manuel

Mi historia comienza en 1978. Entonces vivía con mis padres, mis abuelos habían logrado sobrevivir en nuestro territorio, en una situación muy compleja por razones económicas y, en general, todavía no se hablaba de guerrilla, aunque ya había muchos robos y malas costumbres. Mi caminar fue junto a mi abuelo, él era quien me enseñaba y cocinaba, porque vivía solo. Después de un tiempo me dicen que tengo que estudiar, era duro dejar a mi abuelo, pero estudiar me gustaba. El sostenimiento era el café, el abuelo me llevaba de la escuela a desyerbar y a sembrar café y cacaíto. Con el tiempo comenzamos a notar que la mata de coca estaba dando más intereses. No dejamos de cultivar café, pero nos fuimos por la hoja de coca. Con ella mis padres pudieron comprar una finca, que en ese tiempo valía unos 4 500 pesos. Por la situación económica de mis padres solo pude estudiar un año, los profesores siempre me decían que era rápido en aprender lo que me enseñaban, porque en esa época no solo enseñaban a leer y a escribir, enseñaban valores, cómo comportarse, estar unidos como familia, hacer nuestro andar día a día. De ahí me trasladé a donde mis tíos que vivían en Puerto Tejada, allí algunas personas transformaban la coca en bazuco, que era lo que vendían en ese tiempo.

Después me fui a una zona donde se cultivaba la marihuana, en la vereda El Descanso en San Luis, Vergel, en Caloto. Allí todo era marihuana, esa era la renta de la gente. Se pagaba bien. En ese tiempo decían que entraban los mexicanos a comprar directamente. Pagaban bien, pero empezaron a robarlos, les robaban los cargamentos y dejaron de llegar. Así comenzaron los problemas entre los que se dedicaban a comprar y a enviar. Se dieron los primeros homicidios al no cumplir con las cargas. Salían cargamentos de cuatro toneladas para Bogotá y Medellín. Era una marihuana a la que le decían “punto rojo”. Eso se

empezó a dañar, los comuneros decían que en el abono venía una enfermedad y se empezaron a pudrir las matas. Cultivos enteros de hasta diez mil palos se secaban.

Después comencé otros trabajos en otras fincas. Sembré moras, lulo, no quería ser una carga para mi familia. Hubo un tiempo en que mis padres se volvieron evangélicos y arrancaron todas las matas de coca, solamente vivían del café, cacao, naranja, aguacate y guanábana. Entre 1988 y 1989 llegaron personas que decían que eran de las FARC, aunque también pasaba el M-19, Pizarro, Vera Grabe. Nos gustaba ir a conversar con ellos. En ese tiempo mi intención era entrar al M-19, pero hubo algo que no me dejó. Comenzaron a llegar unas personas de las FARC hablando de la UP y más de uno de los amigos nos metimos a la Unión Patriótica. Íbamos a eventos, pero nos decían que eso era complicado porque la Policía estaba investigando a quienes estábamos allí. El señor que decía ser de la UP, pero en realidad era miliciano, nos llamó y nos dijo que si queríamos ingresar a las FARC. A comienzos de los noventa ya habíamos ingresado al Sexto Frente, me acerqué a mis padres y les dije que había tomado la decisión de irme a la guerrilla. Ellos me advirtieron bastante y pensé en no ir, pero me había comprometido. Pasé mucho tiempo andando de aquí para allá: pasábamos los páramos del Cauca al Tolima, de ahí al Huila, al Valle, todo a pie. Eso nos ayudaba a fortalecernos.

El Sexto Frente era pequeño, en la comisión en la que yo andaba eran poquitas las armas buenas. Ahí nacía, en mí otra vez la vocación por el estudio, la cátedra bolivariana, todo lo que tuviera que ver con Marx, Lenin, estar en la comisión de organización. A un compañero y a mí, solo a dos personas, nos mandaban de Tacuayó casi hasta el Valle, nos daban un mes para que hiciéramos el recorrido y concientizáramos a la gente. Teníamos cinco mil pesos para sostenernos, es decir, nada, pero la gente nos daba comida y alojamiento. Nosotros les decíamos que debían permanecer unidos, que debían aprender a ahorrar. La gente no sabía de trabajos comunitarios y les enseñamos que así se fortalece la comunidad. Cuando ya venía la guerrilla uniformada, nosotros teníamos un amplio panorama de cómo ingresar al

territorio. Con el ataque a Casa Verde nos dieron la orientación que teníamos que salir de la montaña y llegar a la ciudad. Eso nos ayudó porque ya no estábamos encerrados en la montaña, estábamos al lado de la población civil. Podíamos fortalecer el trabajo organizativo y político, pero también militar.

En los años noventa ya andábamos en carro, la gente bien uniformada y armada, había cambiado el panorama. Para poder sostenernos había un impuesto a la coca y a la marihuana. Una vez, saliendo de Buga, llevaba unos casetes en los que se hablaba de lo que se tenía que pagar por un secuestrado y caímos en un retén militar. Con eso tuve para que nos detuvieran y me dieran tres años de cárcel. Allí aprendí mucho, aunque fue un tiempo difícil. Salí en 2001 y volví a Corinto. El comandante Zeplin ya había construido el museo La Cristalina. Cualquier cosa de cerámica o piezas en piedra se llevaba al museo. Estaba en auge la droga, se hablaba de las cocinas. Llegaron las AUC y empezaron los enfrentamientos. Comencé a llevar una vida diferente, a trabajar como miliciano, nunca me quedaba solo en alguna parte, siempre me movía y había problemas grandes, como los homicidios por el robo de la cocaína. En el 2005 empezamos a hacer mucho trabajo organizativo como milicias, como estructura. En el 2012 comienzan a hablarnos del proceso de paz. En el 2014 mueren los jefes Zeplin y Reynel y después de esto empieza a tomar forma el proceso de paz. Nos preguntábamos si estábamos actuando bien para salir a un proceso de paz, y si nos iban a traicionar, si debíamos dejar las armas.

Me enfermé y me retiré de comandar la estructura, que pasó de tener cuarenta a seis hombres. Empezamos a recibir la pedagogía del proceso de paz pero cuando llegamos al Espacio Territorial de Capacitación y Reinserción, ETCR, de Monterredondo nos dimos cuenta de que no había un verdadero cese al fuego. Cuando me retiré y me sacan del proceso es cuando me acusan de estar organizando otra fuerza. En una reunión con más de mil personas, entre ellas las autoridades indígenas, tuve que aclarar



mi posición. Pero pasó lo que yo les dije: mientras hubiese necesidades iban a surgir guerrillas. Llegaron otras guerrillas a tomar el rumbo de las armas y es lo que hasta el momento sigue sucediendo.

Con los recursos del proceso de reincorporación hemos hecho una juntanza, hemos organizado una cooperativa, seguimos el tema organizativo con la asociación campesina, donde también está gente de la comunidad en un tema de porcicultura y ganadería, sacamos leche, vendemos cerdos, sacamos huevos... Este es el cambio de un proceso que sigue, porque estamos en un proceso organizativo desde la comunidad. Ahora somos nietos de la violencia, en este caso del surgimiento de las FARC y su establecimiento en la cordillera central en los años sesenta.

Un hecho central inaugura el inicio de la guerra contrainsurgente en Corinto: el secuestro y asesinato por parte de las FARC del industrial vallecaucano Harold Eder en 1965. Su búsqueda desencadenó una serie de persecuciones sobre una población que estaba tomando conciencia de sus derechos y empezaba a ejercer diferentes formas de resistencia. El cuerpo de Eder fue hallado en este municipio, donde estuvo retenido. Esto era evidencia, a ojos de los militares, de la relación entre la comunidad indígena y el grupo guerrillero. Desde entonces, la presencia de las FARC fue una constante en esta región montañosa de difícil acceso, ideal para el establecimiento de una guerra de guerrillas. Para las mujeres, como era de esperarse, todo fue más complicado. Al riesgo de ser víctimas de la guerra se le sumaron los embarazos tempranos, la falta de acceso a métodos de control de natalidad, la violencia intrafamiliar y la constante ruptura de las relaciones de pareja.

El segundo hecho histórico que recuerda la comunidad es la llegada del m-19, que después de la amnistía del gobierno de Betancur (1982), decide establecerse en el sur del país en zonas estratégicas del Huila, el Caquetá y el Cauca. Corinto fue la sede de la firma de los Acuerdos de Paz de 1984, a

los cuales llegó Carlos Pizarro herido, después de un atentado que le propina la fuerza pública en un intento por frenar los acuerdos. La llamada Batalla de Yarumales (entre diciembre de 1984 y enero de 1985) y la firma final de los Acuerdos de Paz en Santo Domingo en 1990, ambos en esta región, son hechos históricos que definen al movimiento, el cual recibió la simpatía y la solidaridad de indígenas y campesinos. En este contexto, y en la memoria de la comunidad, no se olvida la masacre de Tacueyó (1985), realizada por José Fedor Rey y Hernando Pizarro, líderes del movimiento disidente de las FARC, el Frente Ricardo Franco, quienes fusilaron, después de torturar a más de ciento sesenta de los militantes de su movimiento —jóvenes, estudiantes, obreros, indígenas y campesinos— por sospechas de ser infiltrados de los organismos de inteligencia del Estado. A inicios de los años noventa surgen varias dinámicas que, en conjunto, modificaron el territorio hasta hoy. Por un lado, el fortalecimiento de las FARC en su estrategia expansiva de toma del poder nacional, alimentada por los dineros del narcotráfico. Por otro, el crecimiento del cultivo de amapola promovido por el Cartel de Cali, que va de la mano con la desarticulación del campo del gobierno Gaviria, la llamada apertura económica. En ese momento las oportunidades económicas que los opiáceos otorgaban, en concreto el precio muy superior de la heroína frente a la cocaína en el cada vez más amplio mercado internacional, propició su cultivo en la alta montaña. El efecto más profundo y duradero es el de la presencia de las FARC como un estado dentro del Estado, lo que mantuvo en el fuego cruzado a casi la totalidad del departamento del Cauca durante las últimas tres décadas.

Progresivamente, la marihuana de Corinto, reconocida por su buena calidad, fue repotenciada al llegar la marihuana sintética o *creepy*, que se presentó como una opción económica mucho mejor que la coca. Por un lado, el moño tenía un valor mucho más alto que la hoja, por el otro, no había necesidad de procesarla químicamente y se contaba con todas las ventajas que caracterizan a los cultivos ilícitos para un

campesino: facilidades para obtener abonos y semillas, recolección *in situ* por parte de los comerciantes y buenos precios. Todo lo que un cultivo legal no alcanza. Así, en la década pasada surge la llamada “ciudad perdida de la marihuana”, ese pesebre nocturno de los cultivos iluminados artificialmente en la noche para favorecer el rápido crecimiento de la mata.

En los dos últimos años surgen dos nuevas dinámicas cuya resolución está por definirse. Por una parte, los Acuerdos de Paz de La Habana de 2016; por otra, la despenalización internacional del uso del cannabis medicinal. Uno de los puntos de los acuerdos era la sustitución de cultivos ilícitos, desatendida por el gobierno Duque y compromiso del gobierno actual, como la reforma agraria, aún en vilo su cumplimiento. La entrega de armas por parte de las FARC sin duda trajo alivio a algunas de las poblaciones que históricamente han sufrido el conflicto armado en Colombia —Caldono, Toribio y Tacueyó alcanzaron a padecer trescientos intentos de toma guerrillera en los últimos treinta años—, aunque los vacíos dejados por esta organización han sido copados por grupos de disidencias y otras organizaciones. La despenalización de la marihuana ha estado marcada por dos dinámicas: el apoyo a grandes multinacionales y empresarios que la cultivan de forma tecnificada en lugares antes impensables como La Calera, a escasos kilómetros de Bogotá, y una legislación exigente que ha impedido —junto a prejuicios raciales, de clase e, incluso, políticos— que los cultivadores de la mejor marihuana en Colombia puedan hacer su trabajo legalmente. Corren otros vientos hoy y, con optimismo, no es exagerado afirmar que las comunidades del norte del Cauca están a punto de librarse por fin de la estigmatización, del padecimiento de ser cooptados por organizaciones ilegales y de lograr vivir dignamente la vida campesina a la que no quieren renunciar.

\*\*\*



## Donde otros vieron humo, nosotros encontramos historia

**Santiago Rueda Fajardo**

Curador e investigador de arte colombiano contemporáneo

### La llamada “ciudad perdida de la marihuana”

Como es bien sabido, la coca se cultiva en el mundo andino desde hace al menos ocho mil años. En Colombia hay testimonios de su uso ritual desde hace un milenio, como lo prueban las figuras antropomorfas en piedra de San Agustín —con sus bolsitas de hoja y sus mejillas abultadas por el mambeo— y el famoso y sofisticado poporo Quimbaya, entre otras representaciones estéticas de alto valor. Posteriormente, el uso tradicional de la hoja por parte de comunidades indígenas fue alternativamente prohibido o promovido por la corona española en nuestro territorio, dependiendo de su aprovechamiento: prohibir para terminar una costumbre ancestral, permitir para aumentar la capacidad de trabajo. Para inicios del siglo xx el hábito de mascar coca sobrevivía en algunas comunidades del Amazonas, la Sierra Nevada, algunos lugares de Santander y Boyacá, el Cauca, el Huila y algunas zonas de Nariño. De hecho, en casi todos los municipios del Cauca

se cultivaba la hoja. Su uso estaba tan arraigado en esta parte del país que incluso en los años cuarenta del siglo xx los terratenientes pagaban parte del salario a sus trabajadores con ella.

La llamada bonanza marimbera, el súbito *boom* de la marihuana en la Sierra Nevada a inicios de los años setenta, disparó prontamente el crecimiento de la industria de la cocaína. Para 1975 la revista *Alternativa* advertía sobre la destrucción de las primeras cocinas —laboratorios artesanales de procesamiento de coca— en Corinto. Aprovechando la presencia de la hoja en la vida indígena y campesina, los empresarios del crimen promovieron en la región el desarrollo de esta economía asociada a las dificultades de acceso al territorio, la desatención estatal y la relativa cercanía de la ciudad de Cali, que llegaría a ser un gran epicentro mafioso. A la vez, como consecuencia de la demanda interna, producto de la popularización de la marihuana en los años setenta, esta empezó a cultivarse intensamente y pronto Corinto demostró las bondades de sus suelos, intensidad lumínica y buen riego. Los cultivos de hoja de coca se regaron por amplias zonas del país en los años ochenta y noventa hasta hoy: en el Catatumbo, el Caquetá, el Putumayo, el bajo Cauca y el Pacífico, con grandes márgenes de rentabilidad, pero nunca dejaron de ser parte de la economía del Cauca andino. De hecho, regiones como Argelia han sido zonas de máxima productividad de hoja del país.

Los años noventa, como ya se mencionó, traerían consigo dos dinámicas entrelazadas: por un lado, la llamada apertura económica del gobierno de César Gaviria, que consistió en desarticular y arruinar la seguridad alimentaria del país, condenándolo a la importación de alimentos y a la quiebra de las economías campesinas; por otro, la internacionalización de mercados del Cartel de Cali, que aprovechó la caída del muro de Berlín para expandirse a un mercado nuevo —el de

la heroína—, afirmándose a la vez en Europa occidental y los Estados Unidos. Para el final de la década la actitud de las comunidades, especialmente Misak, de rechazar el cultivo de amapola luego de sufrir en carne propia los efectos de la narcotización de su cultura, sumado a la caída del Cartel de Cali, la intensidad de las fumigaciones aéreas y el repunte de la amapola en países como Afganistán, Pakistán y el llamado triángulo dorado del sudeste asiático —el norte de Birmania, Laos y Tailandia—, cerraron el ciclo de la heroína en Colombia. Mientras tanto, el cuidado y la sabiduría campesina lograron que, con el tiempo, la marihuana de Corinto, la llamada “punto rojo”, fuese reconocida como una de las mejores del mundo. El llamado “moño” fue muy apreciado y cultivar la planta resultó más rentable que cultivar coca. En la última década las variedades locales fueron reemplazadas por las transgénicas, con la llegada de la llamada *creepy*. Para acelerar su crecimiento se construyeron invernaderos alimentados con luz eléctrica, que en las noches se encendían creando un paisaje nocturno inédito, que dio lugar a que Corinto pasara a ser llamada “la ciudad perdida de la marihuana”.

Como ya se mencionó antes, las complicadas legislaciones para obtener permisos de cultivo legal, el fracaso de la legalización del cultivo recreativo y la presencia histórica de actores armados en la región, han impedido que el conocimiento y la sabiduría de indígenas y campesinos sobre la planta sean aprovechados en beneficio de la humanidad. Se han dado pasos, traducidos en acciones comunitarias conducentes a la regulación de cultivos, el desarrollo de productos de uso terapéutico y cosmético, y ahora de procesos artísticos. Para entender estos últimos, bien vale la pena examinar cómo los artistas han tratado estos problemas históricos.

\*\*\*

### La dama de cabellos ardientes

La marihuana entró a Colombia por el Caribe. Algunos dicen que gracias a los trabajadores norteamericanos del Canal de Panamá, otros que a los mexicanos que trabajaron en la zona bananera. El hecho es que hizo parte —bastante marginal, por cierto— de la vida cotidiana y artística colombiana desde los años veinte. El poeta Porfirio Barba Jacob la fumaba y le llamaba “la dama de los cabellos ardientes”. En la década de 1940, Leo Matiz hace un reportaje sobre el uso de la marihuana en Bogotá, la que, en ese entonces, según el fotógrafo, era traída por los toreros mexicanos. Quizá las suyas sean las primeras fotografías sobre el tema. Pero no fue sino hasta el *boom* de la bonanza marimbera de los años setenta cuando la marihuana se convierte en una preocupación nacional, hasta el punto que la Asociación Nacional de Empresarios Colombianos, ANDI, en 1979, propone su legalización. No sorprende entonces que sean los artistas del Caribe quienes, despreocupadamente, decidieran tomar la maracachafa como motivo estético. Y aunque la Sierra Nevada de Santa Marta fuera el epicentro del *boom* marimbero, en Barranquilla Álvaro Herazo, Ingirio Caro y Efraín Arrieta la incluyeron en sus obras. Sus antecedentes eran los pintores ligados al nadaísmo y el *hippismo*, como Jaime Rendón y Norman Mejía, adalides visuales de la psicodelia. En el suroccidente colombiano la herencia contracultural y el uso de sustancias psicoactivas aparecen en la obra de Andrés Caicedo y en el cine de Carlos Mayolo y Luis Ospina.



Pero no será sino hasta el recrudescimiento de la guerra contra las drogas, a finales de los años ochenta, cuando el tema aparece en sus más trágicas dimensiones.

Antes de trabajar con hojas de coca y dólares, Miguel Ángel Rojas realizó entre finales de los años ochenta e inicios de los noventa una serie de revelados parciales, intervenciones químicas sobre papel fotográfico en las que las proyecciones múltiples de imágenes urbanas y cerámicas precolombinas se hacían visibles parcialmente mediante brochazos, goteos y pinceladas. *Caloto* (1992) es un espectral nocturno en el que atestiguamos el ajusticiamiento de una figura atada y de rodillas, una escena observada por un rostro indígena adusto, que incluye en la esquina inferior derecha una pequeña casita campesina. Con ella, Rojas es quizá el primer artista contemporáneo que se ocupó de la violencia en el Cauca. La obra está motivada por el asesinato de una alumna suya, quien en busca de una vida espiritual se unió a una comunidad indígena, donde cayó en una masacre. Posteriormente, Juan Fernando Herrán realiza la investigación artística más profunda sobre el cultivo de amapola en los Andes colombianos, contenida en su libro *Papaver somniferum* (2004).

A partir de la década del dos mil, artistas de Cali como Juan Melo, Ana Millán, Lina Hincapié, Ernesto Ordóñez y, principalmente, Wilson Díaz y Leonardo Herrera, han tratado con intensidad la herencia narco en la ciudad. *Nuestra coca es legal. Nuestra cocaína también* (2020) una de las obras recientes de Herrera, apunta a la necesidad de regular las sustancias y de reconocer los valores simbólicos asociados a la coca por los pueblos originarios. Algo similar a lo que ha realizado en dibujos y video Jim Fankuguen en su obra *Coma callao* (2012), mascando la hoja y

dibujando sobre papel con su savia y saliva. Otros artistas residentes en Popayán como Guillermo Marín, Edinson Quiñones y Fernando Pareja también se han ocupado de la compleja y paradójica historia de la coca en su territorio. Despenalización, regulación, legalización y educación están en la agenda de Fabián Montenegro y su proyecto *Snow Drogas* (1998-2021), una marca registrada cuyo propósito es la comercialización de “cocaína 100 % colombiana”. Con el lema: “¡Es tu decisión!” es, en esencia, una campaña publicitaria que ofrece diferentes productos, como los empaques para la dosis personal. Montenegro se valió de la información cultural de la coca y de la parafernalia cinematográfica de la cocaína para fabricar sus productos. Por ejemplo, el dispensador de *Snow* es un poporo *high-tech* de plástico que eventualmente podría conseguirse en farmacias. Otros productos incluyen un pequeño espejo con tapa metálica que nos recuerda a los que se utilizan en las películas de Hollywood. El diseño del empaque original incluye instrucciones sobre forma de uso, cantidad sugerida y advertencias sobre el daño a la salud y eventual sobredosis. Es evidentemente un producto comercial que no va a existir en unas décadas. Montenegro registró la marca en la Cámara de Comercio de Bogotá, como proveedora de productos farmacéuticos, y más adelante expidió acciones para la bolsa de valores, títulos que, como todo en el mercado bursátil, valen más por lo que se cree que valen que por su valor real. Para Montenegro el camino no es la prohibición, pues, como afirma José M. Borrero: “La prohibición incuba a los delitos y los multiplica como una cepa de bacterias, porque al poner fuera de la regla las actividades de producción, distribución y mercadeo de la sustancia prohibida, en la práctica entrega su control exclusivo a mafias o bandas ilegales”.

El Colectivo Paramédicos, activo en Bogotá desde 2014, se ha dedicado a trabajar en pro de una cultura del cannabis y de la despenalización de esta sustancia a partir de su página web, videos, gráfica, objetos y juegos electrónicos. Buena parte de sus esfuerzos se han concentrado en fabricar, mediante el reciclaje, vaporizadores que puedan ser utilizados para aspirar aire mezclado con vapor de la planta. A partir de tutoriales colgados en su página web, cada uno de los vaporizadores diseñados, cuyo fin es la extracción sin combustión del THC contenido en el cannabis, pueden ser fabricados por cualquiera para reducir los daños a la salud, aprovechar los recursos y crear uno mismo sus propias herramientas de consumo. En sus videos de libre acceso también se encuentran animaciones de dichos aparatos en movimiento. Estas imágenes han sido trasladadas a la gráfica y murales en los que la secuencia segmentada convierte estos útiles en complejas formaciones biológicas, flores y tejidos orgánicos.



Papel, arte, ecología

A Nirma Zárate se le ha reconocido en años recientes por su participación en el Taller 4 Rojo, un colectivo artístico que en los tempranos años setenta y a través de la serigrafía, produjo gráfica activista que se pegaba en las calles y se insertaba en los espacios de movilización social. Sin embargo, no se ha reconocido aún el rol fundamental que tuvo Zárate en el desarrollo de la elaboración de papel a partir de pulpas vegetales, lo que quizá sea su más importante y duradero aporte. Gracias a José Orlando Galeano en su tesis *Poética del papel: El viraje artístico de Nirma Zárate (1983-1996)*, podemos reconstruir la importancia de Zárate como innovadora en el uso del papel artesanal como lenguaje artístico y medio renovador de las artes en Colombia. Zárate aprendió los fundamentos de la fabricación de papel en el Pratt Institute entre 1983 y 1984. Allí entendió que el más humilde de los soportes artísticos podía convertirse en un medio expresivo, al cual podía dotársele de texturas, volumen, materialidad, peso, color; es decir, un soporte que podía pasar de ser un medio para volverse un lenguaje en sí, como lo afirma Galeano. En su retorno a Colombia y gracias a la ayuda de la Universidad Nacional, donde enseñaba, Zárate empezó a hacer una amplísima investigación sobre las diversas plantas nativas que podrían emplearse para fabricar papel. Y no solo eso, tempranamente detectó las industrias que desechaban gran parte de elementos vegetales de los cultivos que procesaban, convirtiéndose en pionera del reciclaje de materiales para su utilización artística. De ser una valiente artista de izquierda, Zárate pasó a ser una visionaria abanderada de la relación entre arte y ecología. No solo era una pionera en su campo, prácticamente lo inventó.

La borra de los cultivos de piña, algodón, iraca, las fibras sobrantes del estropajo, el amero de maíz, el bagazo de caña, el eucalipto, la seda natural, las alcachofas, la guadua y la gran diversidad de palmas que crecen en nuestro territorio fueron conformando un inédito depósito y extenso recetario de características únicas, producto de la inteligencia y el cuidado, aprovechando la enorme diversidad de nuestra botánica. Pulpas y papeles que no podrían ser fabricados en otras partes del mundo. Las fibras largas, flexibles y resistentes sirvieron para elaborar papeles con la calidad de la tela y cortinas al estilo del papel japonés que se usan en los espacios domésticos. Llegó incluso a crear papeles que no se arrugan. Otras combinaciones le sirvieron en su obra artística para crear objetos escultóricos. Del limitado formato de la página rectangular, el papel pasó a convertirse en la pulpa que logró hacer converger arte, ecología, ciencia, historia y lenguaje. Expertos botánicos y químicos de la Universidad Nacional contribuyeron en los trece años (1984-1996) en que Zárate compartió sus conocimientos a través de la Universidad y de su propia firma comercial: Papel Zepia. Su fallecimiento en 1999 nos privó del desarrollo de una obra creativa formidable. Sin embargo, con el tiempo su ejemplo se difundió y hoy en día la fabricación de papel artesanal se ha convertido en un recurso práctico, no solo usado en las artes plásticas sino en la artesanía y el diseño. Quizá nadie haya ido tan lejos como Zárate en la experimentación formal y técnica, pero la práctica que compartió se presenta hoy como una oportunidad creativa, ecológica y económicamente sostenible, y prácticamente única y especial dada nuestra biodiversidad.



Del moño a la pulpa

La fabricación de pulpa de papel y de papeles artesanales aplicados a diversas funcionalidades se ofrece como una oportunidad creativa, económicamente posible y ecológicamente sustentable para la comunidad del llamado “triángulo de oro” del norte del Cauca, donde cerca de cien mil habitantes están en búsqueda de un mejor futuro con la posible legalización del cannabis recreativo, esperando una mejor regulación que favorezca al campesinado para su cultivo legal y la aplicación de una (difícil) reforma agraria. Entre tanto, la posibilidad de aprovechar las fibras vegetales de la coca y de la marihuana —de esta última sabemos que solo el moño o la flor es utilizada con fines terapéuticos y recreativos, desaprovechándose la mayor parte de la planta— se presentan como opciones que pueden dar solución a algunos problemas de su vida cotidiana. Como hemos visto, las fibras de diferentes plantas pueden ser aplicadas y combinadas, puede reciclarse papel, combinarse fibras naturales y sintéticas, cuerdas, tejidos, e incluso filamentos metálicos pueden ser reconvertidos para posteriormente elaborar objetos de diseño, mobiliario, cubiertas y ofrecerse como materia prima al servicio de los artistas. Todo es posible mientras el espíritu de colaboración y generosidad continúen, mientras la curiosidad y la voluntad de conocimiento sigan vivas y presentes.



Referencias

- Asociación de Trabajadores Zona de Reserva Campesina Corinto – Cauca, ASTRAZONAC. (s.f.). Oralidad compañeras y compañeros.
- Benoit, Raúl. (s.f.). Matanza de Tacueyó, 1985. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ADmDf0BHHBW>
- Colectivo Paramédicos. (s.f.). Disponible en <https://colectivoparamedicos.wordpress.com/>
- Galeano, Jesús Orlando. (2022). “Poética del papel: El viraje artístico de Nirma Zárate 1983-1996”. Disponible en <https://expeditiorepositorio.utadeo.edu.co/handle/20.500.12010/27528>
- Rueda, Santiago. (2009). *Una línea de polvo. Arte y drogas en Colombia*. Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Rueda, Santiago. (2017). *Post scriptum. Una línea de polvo. Arte y drogas en América Latina*. Tensión editorial.
- Rueda, Santiago. (2019). *Plata y plomo. Una historia del arte y las sustancias (i)lícitas en Colombia*. Editorial Planeta.
- Zárate, Nirma. (1994). Entrevista en Correo Especial. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=SpSBAPstOmU>



MiCASA es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes.  
MiCASA es un oso hormiguero glotón. MiCASA es un atril para leer cualquier libro.  
MiCASA es tu casa y la suya y la nuestra. MiCASA es el lugar  
en donde caben las historias, relatos y memorias de todo un país.  
**MiCASA** es el sello editorial del **Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes**.

Corinto

se terminó en septiembre de 2025 y es parte de la apuesta del Gobierno del Cambio  
por la protección del patrimonio biocultural que hace posible  
la diversidad de culturas, artes y saberes de Colombia.

Para su elaboración se usaron tipos Gardenia Variable Book, BookItalic,  
BoldItalic y Extrabold.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e inocuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



[www.imprenta.gov.co](http://www.imprenta.gov.co)  
PBX (0571) 457 80 00  
Carrera 66 No. 24-09  
Bogotá, D. C., Colombia